

Colón, no pudiéndose el mismo explicar aquel misterio de la naturaleza, inventó una hipótesis que satisfizo y devolvió la fe á sus compañeros. La vista de una ave del trópico y de algunas plantas desconocidas que flotaban sobre las olas, acaba de desvanecer su espanto, siendo á sus ojos indicios de la aproximidad de la tierra que creían reconocer en las brumas que se divisaban á lo lejos en forma de playas y montañas. Pero la tierra no aparecía nunca, y cada aurora disipaba ante las proas de los navíos, aquellos horizontes imaginarios.

La tristeza é incredulidad surgían de nuevo en todos los corazones, de nuevo volvía Colón á disiparlas repitiéndose diariamente los augurios felices ó siniestros, según la disposición de ánimo de los observadores, y repitiéndose también con estos augurios las explicaciones ingeniosas, las arengas inagotables del almirante.

En esta alternativa llegaron á navegar más de ochocientas leguas, y Colón que veía tocar al límite de sus cálculos sin encontrar la tierra que buscaba, empezó á perder el rumbo y aunque sin desesperar de una empresa en la cual había puesto toda la fe de su alma, se abandonó al vuelo de las aves, siguiéndole por espacio de dos días consecutivos.

Sus gentes, sin embargo, no tenían ninguna esperanza, imagináronse que navegaban por mares sin límites, y depuesto todo respeto, se amotinaron contra el almirante, queriendo en su favor obligarle á volver á Enropa. Colón no halló entonces otro medio que pedir un plazo de tres días, haciendo juramento de acceder á sus deseos si pasado este plazo no llegaban al término de su viaje. La Providencia se encargó de realizar aquella profecía.